

LA MUJER FILIPINA.

Corro el riesgo de que los que me escuchan, ocrean, que por ser mujer, y por ser filipina, vayan a carecer de imparcialidad mis juicios.

Porque tengo que empezar diciendo, que la mujer filipina es una de las mujeres más extraordinarias del mundo. A pesar de sus defectos, alguno de mucho bulto.

Antes de seguir he de hacer una aclaración. Voy a diferenciar a la mujer filipina de raza malaya de la mestiza china y de la mestiza española y voy a hablar de ellas por este orden.

La mujer filipina, malaya, suele ser muy equilibrada. Esto quiere decir que es poco histérica y poco neurótica. Sufre calladamente, casi no llora y exterioriza apenas, quedando sus sentimientos como ahogados en el fondo de su alma. Es la mujer ideal para el hombre, la mujer pasiva, resignada, conforme. La mujer de su felicidad, él que necesita sentirse amo para ser feliz. La mujer de este tipo se va perdiendo y hoy en día se la encuentra ya casi únicamente en el ambiente rural. La campesina todavía muestra su sumisión al hombre, su humildad, el reconocimiento de una superioridad en el varón, caminando siempre unos metros detrás de él cuando van juntos a alguna función común.

Esta mujer, cuando pertenece a un más alto nivel social, es más lánguida, más perezosa: en una palabra, se deja querer y resulta la quintaesencia de la mujer de adorno. Pero en estos altos niveles sociales apenas se la encuentra ya por haber su-

frido la metamorfosis a través de la crisálida de una cultura hispano-norteamericana, con su dinamismo del medio siglo veinte. Lo que ha ganado en cerebro lo ha perdido en espíritu, el desarrollo de su físico ha ido atrofiando su fuerza moral, y su corazón, ay su corazón de antaño que hubiera podido parecer cursi al occidental de fines del siglo diecinueve, y que era su mayor galardón, y su mejor arma también, se ha hecho convencional.

Aquella María Clara, creación literaria de Rizal, pero copia exacta del natural, aquella María Clara ha quedado como el símbolo de este tipo de mujer, con la fuerza de su debilidad, con el clamor de su silencio, con el fuego de su frialdad y con toda la fuerza amorosa y temperamental de su pudibundez. La que vencía sin discutir, la que dominaba llorando. La que todavía quisiera yo ver en el hogar filipino como base de su felicidad, marcando exactamente la diferenciación del sexo en la pareja humana: el hombre que trabaja y trae el pan para el hambre físico y la mujer que oficia su liturgia sobre el altar de la felicidad de los suyos.

Pero el tiempo norretrocede: se ha hecho carrera y hay que alcanzar metas. Y la mujer tiene que lanzarse a la calle para llegar a las suyas. Hay que decir adiós, a lo que se va yendo.

La filipina con sangre china, ya de siempre fué más activa. Quizás porque su ^{maldita} sangre recibió de pronto auras de más libertad al pasar a un país donde el cristianismo la ungió con el respeto del hombre, liberándola de una esclavitud. Entonces se

sintió con alas para el vuelo y con ganas de volar, ya que antes sólo conoció la jaula, la inferioridad y el menosprecio. Y para conservar sus ventajas quiso hacerse fuerte. Acostumbrada la mitad de su sangre a trabajar duramente en su país de origen, no renunció al trabajo y quiso hacerlo provechoso. En Filipinas esta clase de mujer, se dedicaba al comercio, aunque estuviese casada y aportaba un ingreso especial a su hogar. Y sigue dedicándose. Esta condición de "negociar" ha pasado en general a los tres tipos que estoy describiendo y constituye una actividad muy corriente para la mujer, que hace sus pequeños o grandes negocios independientemente de los de su marido. Si viaja, estudia qué objetos pueden tener fácil venta en los países a donde va y qué mercancía de estos países puede tener aceptación en el suyo para convertirla en dinero cuando regrese, con lo que en muchas ocasiones cubre por lo menos los gastos de viaje.

Psicológicamente la mestiza china es más dominante, menos suave, le gusta imponerse al varón y como vulgarmente se dice, llevar los pantalones. Es la menos filipina de las filipinas.

La mestiza española (y en la palabra mestiza incluyo todos los matices cuantitativos de la mezcla de sangres) se aproxima más al tipo puro malayo. No hay que olvidar que la española tiene mucha sangre oriental, del oriente medio, por la convivencia durante siglos de judíos y árabes con los españoles en España. Hay por lo tanto varios puntos de coincidencia entre las dos razas y la amalgama de su savia se complementa recíprocamente con

sólo pequeñas diferenciaciones.

Pero no por pequeñas resultan inapreciables. La mestiza es más audaz y menos humilde. Tiene más cálculo en su sometimiento y más espíritu de lucha. Esto quiere decir que conoce la rebel-
día y la hace patente si es preciso con un "tú a tú" frente al
sexo contrario. Sin llegar a ser un plato fuerte, tiene su sal-
sa, más sal y más pimienta, un poco de condimento de "rompe y
rasga", que a veces le resta ternura, frente a esa inefable ac-
titud de la malaya, plato dulcificado siempre con azúcar y agua
de coco. Todo lo más, levemente contrastada con el agriculce del
tamarindo y el aromático leve picante del gengibre. La mestiza
lleva en sí un complejo de superioridad, su media sangre de los
conquistadores: la malaya es más natural, más genuina, más única,
más "ella" siempre. Pero las dos son encantadoras. Su belleza,
más o menos tostada tiene un "no sé qué" de irresistible atrac-
tivo que hechiza al europeo. Tiene "duende".

Mencioné la existencia de defectos y no tengo más remedio que
ocuparme en censurar uno bien grave. Uno que causa estragos en
los hogares. La afición al juego. Pero al juego fuerte, donde se
cruzan grandes cantidades y se produce la ruina. Aparte de esto
la pérdida de tiempo que significa el coger la baraja o el Ma-
jhong a las dos de la tarde y no dejarlo hasta las ocho de la no-
che y aun en muchos casos continuar después de cenar, impide que
la mujer se dedique a acumular cultura con la lectura de libros
o asistiendo a conferencias. A dar sus ratos de ocio a la organiza-
ción de obras benéficas. A tantas otras cosas más útiles y pro

vechosas que el despilfarrar las fortunas y los créditos concedidos para trabajos agrícolas o industriales. Así, hay hogares en que nada basta y que se van desmoronando paulatinamente hasta quedar reducidos sus miembros a la mayor miseria. Además, ese afán por el dinero fácil las empuja a jugar en loterías y especulaciones de bolsa, donde gentes sineescrúpulos, amasan fortunas con el dinero de los jugadores, sobre bases ficticias de minas o yacimientos petrolíferos fantasmas. Afortunadamente, la superabundancia de centros de enseñanza va desviando el ocio que tienen que llenar con el juego, hacia labores y ocupaciones más dignas.

Y vamos a hablar de lleno de la mujer de hoy, entendiendo por hoy la mujer del siglo veinte. Para llegar al plantel moderno tengo que mencionar a las que abrieron camino, aquellas que con menos medios, menos alicientes, menos alientos se sobrepusieron al sentir y al pensar común que las arrinconaba en la cocina o frente al cesto de la costura. Sin menospreciar a las olvidadas quiero mencionar a Sofía de Veyra, Rosa Sevilla de Alvero, Pura Villamueva de Kalaw, Librada Avelino. Unas se dedicaron a la enseñanza fundando colegios o residencias escolares, y otras a actividades políticas y mixtas. Pero lo que tiene mérito es el esfuerzo, el trazar a tajo de cuchillo y a arañazo de abrojos el primer camino. Ellas dieron el valor y la fuerza para hacer una normalidad de lo que producía escándalo. Y ahora va pisando, por la senda ensanchada y por el camino real la mujer filipina de hoy. Esta mujer, a la que pido no olvide las cualidades y las vir

tudes de las que atendiendo su hogar, tuvieron tiempo aún para aunar con su esfuerzo personal al futuro femenino que iba ya avanzando.

¿Cuál es el estado de la mujer en la República Filipina? Inmejorable. ¿Hemos de achacar esta situación a los méritos exclusivos de las mujeres? No; para hacer justicia debo declarar que el hombre filipino jamás obstaculizó el progreso y el avance de sus mujeres, al contrario, ellos la ayudaron a escalar puestos que en otros países quedaban reservados para varones exclusivamente y atendieron a sus aspiraciones con un espíritu de equidad manifiesta. Hasta en la reforma del código civil realizado por letrados, han dado a la mujer unas prerrogativas que es difícil encontrar en otros códigos vigentes.

En Filipinas no hay puesto alguno que no pueda ocupar la mujer, ni ley que la impida hasta llegar a ser Presidente de la República.

Con esto queda dicho todo. A la mujer se la ve, en los hospitales actuando como médicos y jefes de departamentos clínicos; en los Tribunales de Justicia, defendiendo pleitos de todas las cuantías y asuntos criminales de enorme responsabilidad; en el Congreso y en el Senado, actuando como diputados y senadores, encabezando comisiones especiales y defendiendo ponencias propias; en las Universidades, como catedráticos y jefes de departamentos de las distintas Facultades y en fin en todos los Ministerios ocupando altos puestos. Tiene Filipinas varias Embajadoras y una representante femenina en la Unesco. Todo lo cual demues-

tra que tiene tanta capacidad como el hombre para el desempeño de los puestos de responsabilidad.

Pero al mismo tiempo se la ve preparar personalmente los menús de su cocina y atender a sus invitados con un espíritu de hospitalidad admirable. Domina la repostería de su país y la norteamericana. Y si aún le queda tiempo para el vicio de jugar hemos de admirar la capacidad de trabajo que posee. Pero no, generalmente no es esta clase de mujer la que se dedica a la mesa de juego, sino la más desocupada.

Por todo lo cual repito lo que he declarado al principio, o sea que la mujer filipina es de una calidad extraordinaria, y si el ambiente cultural le fuese más propicio, llegaría a donde quisiese también en las letras y en las artes, dentro de los ámbitos internacionales.

En la música ha alcanzado ya puestos destacados aun fuera de su país. En coreografía y en folklóre pueden competir con cualquier Nación y de ello hubo prueba evidente cuando el grupo folklórico "Bayanihan" de la Universidad de Mujeres Filipinas hizo la gira por Europa y América en 1958, conquistando laureles en la Exposición de Bruselas y en los Teatros de Norteamérica.

Pero hay pocas escritoras y pocas poetisas. La literatura es lo que menos cultiva y del grupo en castellano sólo la poetisa Evangelina Guerrero merece mención.

Respecto a contextura moral, sentido de la dignidad y alto idealismo, voy a relatar, para terminar el comportamiento de

la Srta. Librada Avelino, Directora del Centro Escolar de Señoritas, cuando estaba en su apogeo la lucha del gobierno americano en Filipinas, para hacer desaparecer del país el idioma español. Invitó al Secretario de Educación americano a un programa de fin de curso, todo él desarrollado en castellano. Después de lo cual el tal Secretario la dirigió una severa amonestación amenazando con retirar ~~el~~ Instituto escolar que presidía los poderes concedidos para expedir títulos reconocidos por el Gobierno. Por toda contestación y sin esperar a un segundo requerimiento la Srta. Avelino le devolvió los poderes de referencia.

Ningún amante del castellano, ninguna entidad española o filipina defensora de este idioma en mi país, debe olvidar este gesto de la mujer filipina, gesto que no supieron tener instituciones españolas poderosas y fuertemente económicas, largamente arraigadas en el país. Pero tenía que ser una mujer, precisamente, y una mujer cien por cien filipina, la que se alzase con una actitud romántica frente a la imposición americana.

Por eso sigo diciendo que la mujer filipina es una mujer extraordinaria.